



¿Cómo trabajo? Paul Krugman.

*Profesor de economía de MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts C.U.A.)
How i Work. The American Economist. Vol 37, No. 2 (Fall 1993). Pp. 25-31.

El propósito formal del presente ensayo consiste en comentar acerca de mi filosofía de la vida.

Permítaseme aclarar desde el principio que no tengo intención alguna de seguir instrucciones, ya que no conozco nada en especial sobre la vida en general. Me parece que era Schumpeter quien afirma ser no solo el mejor economista, sino también el mejor jinete y el mejor amante en su nativa Austria. Yo no monto caballo, y tengo pocas pretensiones en otros aspectos. (Sin embargo, soy un buen cocinero).

De lo que quiero hablar en este artículo se refiere algo más limitado: algunas ideas sobre cómo pensar, y sobre todo por dónde caminar para hacer ciencia económica interesante.

Considero que entre los economistas de mi generación puedo asegurar que poseo un estilo intelectual diferente, aunque no necesariamente un mejor estilo que mis colegas, porque existen muchas formas de ser un buen economista, pero solamente una que me ha servido muy bien. La esencia de tal estilo gira en torno a una estrategia general de investigación que puede

Sintetizarse en pocas reglas; asimismo, juzgo a mis maneras de escribir y hablar como orientadas hacia la política y fundamentadas, en última instancia, en los mismos principios.

Daré a conocer mis reglas para investigar posteriormente en este ensayo. No obstante, considero que se pueden introducir mejor tales reglas al describir cómo (así me parece) me topé con la forma en que trabajo.

Orígenes

La mayor parte de los economistas jóvenes de hoy ingresaron al área desde el campo técnico.

Originalmente con la intención de profesar una carrera en ciencias o ingeniería, cambiaron de rumbo y se adentraron en la más rigurosa de las ciencias sociales. Las ventajas de ingresar a economía desde esa dirección son obvias: se llega ya bien capacitado en matemáticas,

y se aprecia de modo natural el concepto de modelación formal. Empero, no es de donde provengo. Mi interés original fue la historia: estudié poco las matemáticas, aprendiendo solamente lo que

necesitaba conforme avanzaba.

Sin embargo, desde el principio me vi profundamente implicado con la economía, al trabajar como asistente de investigador (sobre los mercados mundiales de energía con William Nordhaus cuando todavía me faltaban dos años para terminar en Yale. Por supuesto que después ingrese a la escuela de graduados, y escribí mi primer trabajo realmente exitoso (un análisis teórico de la crisis de la balanza de pagos) cuando aún estaba en el MIT.

Descubrí que se me facilitaban los modelos matemáticos pequeños, con una habilidad para encontrar supuestos simplificadores que los hacían manejables. Aún más, cuando terminé los estudios de posgrado me encontraba, al menos en mi interior, algo desorientado. No estaba seguro acerca de qué quería trabajar; ni siquiera me sentía seguro de si realmente me gustaba la investigación.

De forma totalmente inesperada me encontré con mi fundamento intelectual en enero de 1978. Al sentirme algo perdido, decidí hacerle una visita a mi antiguo asesor Rudi Dornbusch. Le describí varias ideas, incluyendo la noción vaga de que los modelos de competencia monopolística que había estudiado en un curso breve impartido por Bob Solow (en especial el interesante modelito de

Dixit y Stiglitz) podrían tener algo que ver con el comercio internacional. De hecho, Rudi estimo dicha idea como potencialmente muy interesante; regrese a casa para trabajar en ello seriamente, y en pocos días me percate de que me había aferrado a algo que formaría el corazón de mi vida profesional.

¿Qué había encontrado? El punto central de mis modelos de comercio no era particularmente sobrecogedor una vez que uno lo meditaba: las economías de escala pueden ser causa independiente del comercio internacional, aun en ausencia de la ventaja comparativa.

Para mi esta era una percepción nueva, pero había sido puntualizada (como pronto lo descubrí) con anterioridad muchas ocasiones por los críticos de la teoría convencional del comercio.

Los modelos que desarrolle dejaron algunos cabos sueltos; en particular, típicamente tenían muchos equilibrios. Así, para hacer los modelos manejables tuve que plantear supuestos obviamente irreales. Y una vez que había hecho dichos supuestos, los modelos se hicieron trivialmente sencillos; el escribirlos no me dejó oportunidad alguna para emplear ninguna técnica de gran refinamiento. De este modo, se podría haber concluido que no estaba haciendo nada que valiera la pena (y eso fue lo que algunos de mis colegas me

hicieron saber durante algunos años después).

Empero, de lo que me cerciore (y por alguna razón casi inmediatamente) fue que todos estos detalles eran virtudes, no vicios, y que se integraban para formar un programa que podría conducir a años de investigación productiva.

Por supuesto que solamente estaba diciendo algo que los críticos de la teoría convencional habían estado externando por decenios. No obstante, mi punto de vista no era parte de la corriente principal de la economía internacional. ¿por qué? Porque nunca había sido expresado en modelos atractivos. Los nuevos modelos de competencia monopolística me ofrecieron una herramienta para abrir con limpieza lo que anteriormente se había considerado una lata de gusanos. Pero lo más importante fue de que repente fui consciente del alcance notabilísimo que posee la metodología económica para generar puntos ciegos. No vemos justo lo que no podemos formalizar.

Y el punto ciego mas grande de todas ha tenido que ver con los rendimientos crecientes. Así ahí, precisamente a tiro de piedra, se encontraba mi misión: observar las cosas desde un ángulo ligeramente diferente, y al hacerlo de este modo, revelar lo obvio, las cosas que siempre habían estado precisamente bajo nuestras narices.

Los modelos que escribí durante el invierno y la primavera estaban incompletos, si uno les demandaba que especificaran exactamente quien producía que. Y, sin embargo, contaban historias con sentido. Me tomo mucho tiempo expresar claramente los que estaba haciendo, pero a la larga me di cuenta de que una manera de tratar un problema difícil es cambiar la pregunta, en particular cambiando de nivel. Un análisis detallado puede ser extremadamente desagradable, pero una descripción agregada o sistémica, que es mucho mas fácil, me puede decir todo lo que necesito saber.

El lograr tal descripción a nivel sistémico o agregado requirió, por su puesto, aceptar las premisas básicamente de simetría que sustentan el modelo de Dixit-Stiglitz y los modelos relacionados. Pero estos sencillos supuestos parecían contarme historias que eran persuasivas, y que no podían contarse utilizando los reverenciados supuestos de típico modelo competitivo. De lo que empecé a darme cuenta fue que en economía siempre estamos haciendo supuestos simples; lo que pasa es que algunos de ellos se han hecho tan a menudo que luego parecen naturales. Y por lo tanto no se debe de rechazar un modelo por juzgarlo ingenuo hasta que no se vea donde lleva sus premisas.

Finalmente, la sencillez de

los modelos puede haber frustrado mi prolongada urgencia de mostrar las destrezas técnicas que tan laboriosamente había adquirido en el posgrado, pero muy pronto me cerciore que era indispensable para los esfuerzos emprendidos. Los teóricos del comercio habían fallado al no tomar en consideración la función de los rendimientos crecientes, no debido a una convicción empírica, sino porque consideraron que eran muy difíciles de modelar. ¿Entonces que tanto más efectivo era mostrar que podía ser casi trivialmente sencillo?

Y así, antes de cumplir 25 años, supe básicamente que iba a hacer con mi vida profesional. No sé qué hubiera encontrado con el rechazo de otros economistas (quizá me hubiera vuelto caprichoso, o tal vez hubiera perdido la fe y hubiera abandonado el esfuerzo). Pero en realidad todo salió asombrosamente bien.

En mi propia mente, la curva de mi investigación esencial desde aquel enero de 1978 ha seguido una ruta notoriamente consistente. En pocos meses, había desarrollado un modelo de comercio con competencia monopolística (como se demostró de manera simultánea e independiente con modelos semejantes de Avinash Dixit y actor Normas, de un lado, y de Kelvin Lancaster, de otro). Tuve algunos problemas para que se publicara dicho trabajo (al recibir el rechazo

inconsiderado de una revista importante, el QJE, que parece ser el destino de cada innovación en economía), pero insistí.

Desde 1978 hasta aproximadamente finales de 1984 enfoqué prácticamente todas mis energías de investigación a la función desempeñada por los rendimientos crecientes y la competencia imperfecta en el comercio internacional. (Estuve un año trabajando para el gobierno de Estados Unidos, pero hablare mas de ello posteriormente). Lo que había sido una búsqueda personal se transformo en un movimiento, a medida que otros siguieron el mismo camino. Sobre todo, Elhanan Helpman, un profundo pensador cuya integridad y autodisciplina fueron contrapartes útiles a mi propia inconstancia y desorganización, fue quien primero realizo sus propias constituciones, y luego me invito a llevar a cabo trabajos en colaboración. Nuestra obra magna, Estructura de mercado y comercio exterior, logro el propósito de hacer que nuestras ideas no solo fueran respetadas sino casi típicas de lo iconoclasta a lo ortodoxo en siete años.

Por no sé qué razón, permití que migran proyecto sobre rendimientos crecientes permaneciera abandonado por algunos años en los ochentas consistió básicamente en desarrollar pequeños modelos inspirado en

problemas de política comunes; aunque, y centre mi atención en las finanzas internacionales. Mi trabajo en esta área consistió básicamente en desarrollar pequeños modelos inspirados en problemas de política comunes; aunque tales modelos carecieron del tema integrador de mis modelos de comercio, considero que mi trabajo en finanzas esta hasta cierto punto unificado por su estilo intelectual, el cual es muy semejante al de mi trabajo en comercio.

En 1990 regresé a la economía de los rendimientos crecientes desde una nueva dirección. De repente me di cuenta de que las técnicas que nos habían permitido legitimar el papel de los rendimientos crecientes en el comercio también pudieron emplearse para reclamar todo un campo desterrado: el de la geografía económica, es decir, la localización de la actividad en el espacio.

Tal vez aquí aún más que en el comercio se hallaba un campo pleno de percepciones empíricas, buenas tramas y una importancia práctica obvia, encontrándose negado precisamente a la vista de propios y extraños porque nadie había visualizado una forma conveniente de formalizarlo. Para mí fue como revivir los mejores momentos de mi infancia intelectual. El hacer geografía es un trabajo arduo; requiere de un

pensamiento agudo para hacer que los modelos parezcan triviales y me estoy convenciendo más y más de que necesito

la computadora como apoyo no solamente para analizar datos, sino también para teorizar.

Pero me es inmensamente gratificante. La mayor emoción al teorizar para mí es el momento cuando el modelo dice algo que debió haber sido siempre obvio, al o que se puede relacionar inmediatamente con lo que se sabe acerca del mundo y que sin embargo realmente no se apreció. La geografía todavía tiene esa emoción.

Al tiempo de escribir, mi trabajo en geografía parece estar conduciéndome sin rumbo fijo aún más. En particular, existen afinidades obvias entre los conceptos que surgen naturalmente en los modelos geográficos y el lenguaje de la economía tradicional del desarrollo (la "gran teoría del desarrollo" que floreció en los años cuarenta y cincuenta, y que luego se derrumbó). Así pues, tengo esperanzas de que mi proyecto de investigación básico continuará ampliando su enfoque.

Reglas para la investigación

En el transcurso de la descripción de mi momento formativo en 1978, ya he proporcionado implícitamente mis cuatro reglas básicas para la

investigación. Permítaseme ahora establecerlas de manera explícita, y en seguida explicar las. Estas son las reglas:

1. Escuchar a los gentiles.
2. Cuestionar la pregunta
3. Atreverse a ser sencillo.
4. Simplificar.
5. Escuchar a los gentiles.

Lo que quiero decir con esta regla es lo siguiente: "Pon atención a lo que las personas inteligentes están diciendo, aun en el caso de que no tengan tus costumbres o hablen tu lenguaje analítico".

Tal vez se pueda explicar mejor este punto mediante un ejemplo. Cuando inicié mi replanteamiento del comercio internacional, existía ya una literatura considerable que criticaba la teoría convencional del comercio. Los empíricos enfatizaban el hecho de que el comercio se desarrollaba en gran medida entre países con dotaciones de factores aparentemente semejantes y que una parte considerable de dicho comercio implica a intercambio intraindustriales de productos en apariencia similares. Algunos observadores acuciosos resaltaron la importancia de las economías de escala y la competencia imperfecta en los mercados internacionales reales. Sin embargo, todos los comentarios inteligentes eran ignorado por lo teórico del comercio perteneciente a la

corriente principal (después de todo, sus críticos con frecuencia parecían tener un entendimiento imperfecto de la ventaja comparativa y no disponían de modelos coherente propios que ofrecer. por lo tanto ¿para qué hacerles caso?).

El resultado fue que la profesión menospreció las pruebas y los argumento a la vista de todo el mundo.

El mismo cuento se repite en geografía. Los geógrafos y los científicos regionales han acumulado muchas pruebas sobre la naturaleza e importancia de las economías externas localizadas, y han organizado tales pruebas de forma inteligente y no menos rigurosa. No obstante, ello, los economistas han ignorado lo que tenían que decir porque proviene de personas que hablan el idioma equivocado.

No quiero decir con esto que el análisis de la economía formal no tiene valor alguno, y que la opinión de cualquiera sobre asuntos económicos es tan válida como la de cualquier otro individuo. ¡Al contrario! Soy un creyente convencido de la importancia de los modelos, los cuales son a nuestras mentes lo que fueron los disparadores de lanzas a las armas de la edad de piedra: amplían extremadamente la potencia y el alcance de nuestra percepción. En particular, no siento simpatía

alguna por aquellos individuos que critican las simplificaciones irreales de los conductores de modelos y que imaginan que ellos alcanzan un refinamiento mayor al evitar establecer supuestos de forma clara.

La cuestión está en darse cuenta de que los modelos económicos son metáforas, no la verdad. Por todos los medios habidos y por haber hay que expresar las ideas en modelos, tan convenientemente como sea posible (más acerca de esto en párrafos posteriores). Pero siempre hay que recordar que se puede haber desarrollado la metáfora equivocada y de que alguien más con una metáfora diferente puede estar considerando algo que uno está dejando fuera.

Cuestionar la pregunta, antes de 1978 había una literatura limitada sobre las economías externas y el comercio internacional. Sin embargo, nunca fue muy influyente porque parecía técnicamente desordenada; aún los modelos más sencillos fueron asfixiados en una clasificación de posibles resultados.

Lo que desde entonces ha sido claro es que tal desorden surgió en gran parte debido a que los constructores de modelos les estaban pidiendo a sus modelos que hicieran lo que hacían los modelos tradicionales, o sea, pronosticar un patrón preciso de especialización y comercio. ¿Pero

porqué solicitar ese aspecto en particular? Aun en el modelo de Heckscher-Ohlin el punto que se quiere hacer es semejante a “Un país tiende a exportar bienes cuya producción es intensiva en los factores en los cuales ese país es abundante”; si el modelo específico afirma que el país A, que es abundante en capital, exporta el bien X intensivo en capital, esto es valioso porque agudiza el entendimiento de tal percepción, y no debido a que uno se interese en los detalles particulares de un modelo abiertamente sobresimplificado.

Resulta así que si no se busca el tipo de detalle que se logra en el modelo clásico de dos bienes y dos sectores, un modelo con economías externas no necesita ser desordenado del todo. En tanto se hagan preguntas “sistémicas” como qué tan se distribuyen el bienestar y el ingreso, es posible hacer modelos muy sencillos y claros. Y realmente con las preguntas “sistémicas” en las que estamos interesados. Para ponerlo en términos laxos, el énfasis en el detalle excesivo era cuestión de transferir prejuicios enraizados desde un modelo sobreelaborado a un dominio donde sólo hacían la vida más difícil.

Lo mismo vale para un gran número de áreas en las que me he desenvuelto. En general, si las personas en campo se han abotagado con problemas que

parecen muy difíciles, me parece buena idea preguntarse si realmente están trabajando en las cuestiones correctas. ¡Con frecuencia alguna otra pregunta no es solamente más fácil de contestar si no que realmente resulta más interesante! (Una desventaja de esta artimaña es que a menudo incomoda a las personas. Un académico que se ha dedicado por años a un problema difícil, raramente se le muestra agradecido cuando se le sugiere que su campo puede ser revivirlo al ser evadido)

Atreverse a ser sencillo. Si se quiere publicar un artículo sobre teoría económica, existe una norma segura: hágase una ampliación conceptualmente menor pero matemáticamente difícil a algún modelo conocido. Debido a que los supuestos básicos del modelo ya son conocidos, las personas no los considerarán extraños; porque se ha hecho algo técnicamente difícil, se respetará al autor por su demostración de capacidad. Por desgracia, no se añadirá gran cosa al conocimiento humano.

Lo que me había puesto a hacer yo mismo en la nueva teoría del comercio era en gran medida lo opuesto. Me puse a utilizar los supuestos que no eran conocidos y a hacer cosas muy sencillas con ellos.

El hacer eso requiere de mucha autoconfianza, porque al principio las personas

(especialmente los arbitadores) están casi seguros no solamente de criticar el artículo o de ridiculizarlo. Después de todo, los supuestos seguramente parecerán peculiares: ¿Un continuo de bienes y todos con idénticas funciones de producción, integrándose simétricamente en la utilidad? ¿Países de tamaño económico idéntico, con dotaciones de factores también idénticas? ¿Por qué, se preguntarán los individuos, tienen que interesarse en un modelo con tales supuestos sencillos esencialmente cuando evidentemente existen personas jóvenes mucho más inteligente que demuestran su calidad al resolver problemas difíciles?.

Lo que parece terriblemente difícil aceptar para muchos economistas es que todos los modelos implican supuestos sencillos. Dado lo que conocemos acerca de la psicología cognoscitiva, la maximación de la utilidad es un concepto ridículo; el equilibrio es algo muy fuera del alcance de los mercados financieros la competencia perfecta es una equivocación para la mayoría de las industrias. La justificación para hacer estos supuestos no es que sean razonables, sino que parecen ayudamos a generar modelos que son metáforas útiles para cosas que pensamos que suceden en el mundo real.

Considérese el ejemplo al cual algunos economistas parece

que los juzgan no simplemente un modelo útil sino la verdad divina revelada: el modelo de Arrow-Debreu de competencia perfecta con maximación de la utilidad y mercados completos. De hecho este es un modelo maravilloso, no porque sus supuestos sean remotamente plausibles, sino porque nos ayuda a pensar más claramente acerca tanto de la naturaleza de la eficiencia económica como de las posibilidades de alcanzar la eficiencia bajo las circunstancias de un sistema de mercado. Realmente es una obra de sencillez inspirada y maravillosa.

Lo que yo creo es que la edad de la sencillez creadora no ha pasado. La virtud, como teórico de la economía, no consiste en exprimirles la última gota de sangre a los supuestos que han llegado a ser naturales porque han sido empleados en unos pocos cientos de artículos anteriores. Si un nuevo conjunto de supuestos parece arrojar un conjunto valioso de percepciones, entonces no importa si parecen raros.

Simplificar. El precepto de atreverse a ser sencillo no es licencia para ser indisciplinado. De hecho, el hacer realmente teoría innovadora requiere mucha más disciplina intelectual que trabajar en un campo literario bien establecido. Lo que en realidad es difícil es mantenerse activo: puesto que el

terreno no conocido, es sumamente fácil encontrarse dando vueltas sin sentido. En alguna parte alguien, u otro Keynes, escribió que “es sorprendente que las cosas simples que un hombre solo piensa puedan llegar a creerse”.

Y también es importante expresar las ideas de manera que otras personas, que no se han pasado los últimos años batallando con los problemas y que no están ansiosas por pasarse los últimos años enfrentándose con las respuestas, puedan entenderlas sin demasiado esfuerzo.

Por fortuna, existe una estrategia que realiza una doble función: ayuda tanto a que se conserve el control de las percepciones propias como hacer accesible tales percepciones a otros individuos. La estrategia consiste en tratar siempre de expresar las ideas en el más sencillo de los modelos posibles. El acto de reducción a este modo minimalista forzará a llegar a la esencia de lo que esta tratando de decir (y también hará obvias aquellas situaciones en las cuales no se tiene nada que decir). Y entonces este modelo minimalista forzará a llegar a la esencia de lo que esta tratando de decir (y también hará obvias aquellas situaciones en las cuales no se tiene nada que decir). Y entonces este modelo minimalista estará fácil de explicar a otros economistas.

He empleado el enfoque del “modelo mínimo necesario” una y otra vez: al utilizar un modelo de un factor y una industria para explicar la función básica de la competencia monopolística en el comercio; al suponer la situación de la mano de obra de sectores específicos en lugar de factores totales a la Heckscher-Ohlin para explicar los efectos del comercio intraindustrial; al trabajar con países simétricos para evaluar la función que realizan las prácticas desleales recíprocas, etc. En cada caso, el efecto ha sido el permitirme abordar un tema tan ampliamente analizado con formidablemente difícil con lo que aparece ser, a primera vista, la sencillez rampante.

El lado opuesto de esta estrategia es, por supuesto, que muchos de los colegas tenderán a suponer que una percepción que puede ser expresada en un atractivo modelito debe ser trivial y obvio (requiere de cierto refinamiento el darse cuenta que la sencillez puede ser el resultado de años de arduo pensamiento). He escuchado la historia de que cuando Joseph Stiglitz estaba siendo considerado para un nombramiento de planta en Yale, uno de sus compañeros más antiguos demerito su trabajo, diciendo que en su mayor parte consistía de modelitos más de que teoremas profundos. Otro colega pregunto entonces: “¿pero no podrías decir lo mismo sobre Paul

Samuelson?”. “Si, podría”, replico el oponente de Joe. He escuchado la misma reacción a mi propia obra.

Afortunadamente, hay tantos economistas refinados alrededor que al final se hará justicia intelectual, como usualmente sucede. Y se da también un gusto especial al lograr ir a donde ningún economista ha llegado antes, sino hacerlo de tal manera que casi parezca juego de niños.

Hasta este punto he descrito mis reglas básicas de la investigación. Las he ilustrado con mi experiencia al desarrollar la “nueva teoría del comercio” y con mi más reciente ampliación de dicho trabajo a la geografía económica, porque estos conforman de núcleo de mi trabajo. Pero también he llevado a cabo mucho trabajo en otras áreas, que (me parece) también en cierto sentido es parte del mismo esfuerzo. Así, en lo que resta de este artículo quiero comentar sobre este otro trabajo, y en particular acerca de como el economista dedicado a la política pública y el economista analítico coexisten en la misma persona.

Estudios de interés para la política pública

La mayoría de los economistas teóricos se mantienen alejados de los problemas actuales de política pública, o si se comprometen con debates de política, lo hacen así solamente después que ha transcurrido la mitad de su carrera,

como algo que se deriva de la teorización creativa más que coexistir con ella. Parece ser que existe consenso acerca de que la claridad y singularidad de propósito que se requiere para hacer buena teoría no son compatibles con la tolerancia porque los temas complejos requieren ser activos en la discusión de políticas públicas.

Sin embargo, para mí nunca ha funcionado de esa forma. He combinado mi carrera académica con cierto número de actividades de consultoría para varios gobiernos y dependencias públicas, así como con un año completo en el gobierno de Estados Unidos. También escribía un libro, *La era de las expectativas disminuidas*, dirigido a lectores no técnicos. Y he publicado una muy estable serie de artículos que han sido estimulados no por la lógica interna de mi investigación, sino por la intención de darle sentido al debate actual sobre temas de política pública, por ejemplo, el alivio de la deuda del tercer mundo, las zonas de observación para tipos de cambio, y el surgimiento de bloques comerciales regionales.

Todo esto no ha parecido dañar mi investigación, y en realidad alguno de mis artículos favoritos e han derivado de este trabajo orientado por la política pública.

¿Por qué el trabajo relevante para la política pública no parece contraponerse a mi investigación

real"? Considero que se debe a que he sido capaz de acercarme a los problemas de política utilizando casi exactamente el mismo método que empleo en mi trabajo más básico. El poner atención a los reportes de prensa o a las preocupaciones de los banqueros centrales y secretarios de hacienda es precisamente otra forma de escuchar a los gentiles. El tratar de encontrar una manera útil para definir sus problemas es con mucho lo mismo que cuestionar la pregunta en teoría. El confrontar supuestamente a personas conocedoras con un punto de vista no ortodoxo de un problema requiere ciertamente de la voluntad de ser sencillo. Y, por supuesto, la simplificación insensible es válida aún más en la discusión de políticas que en la teoría por sí misma.

De esta forma, para mí el hacer economía relevante para la política pública no significa un cambio drástico del estilo intelectual. Y tiene sus propias ventajas. Seamos honrados y admitamos que estas incluyen invitaciones conferencias extravagantes y compromisos oratorios con honorarios mucho más altos que lo que un purista académico pueda lograr. Asimismo, admitamos que uno de los placeres de la investigación en políticas públicas es la oportunidad de impactar a la burguesía, para puntualizar la falta de sinceridad y

la ridiculez de las posiciones oficiales. Por ejemplo, sé que no era el único economista internacional que se divertía enfatizando la incongruencia del tratado de Maastricht y no estaba por sobre algún placer malévolos cuando la crisis del MTE que yo y otros habíamos pronosticado desde hacía tiempo realmente, sucedió en el verano de 1992.

Empero, la principal ventaja del trabajo sobre política pública es la estimulación intelectual. No todas las cuestiones del mundo real son interesantes (encuentro que casi todo lo que tiene que ver con los impuestos es mejor que una pastilla para dormir), pero cada dos años, sino es que más seguido, la economía internacional lanza una pregunta que genera trabajos de investigación estimulantes. He sido motivado para escribir artículos por el Plaza y el Louvre, por el Plan Brady, el TLCAN y la UME. Todos ellos son ensayo que considero podrán sostener por sí solos, aun sin el marco de referencia de la política pública.

Por supuesto, siempre existe cierto riesgo para un economista que se incorpora al circuito de las políticas de que ya no tendrá el tiempo suficiente para la investigación real. Es cierto que escribo, un asombroso gran número de artículos para conferencias; soy un escritor muy rápido, pero tal vez sea un don del cual abuso. Aún así,

creo que el peligro de realizar investigaciones sobre políticas no es tanto el desperdicio de tiempo sino la amenaza de los valores. Es fácil ser seducido por la creencia de que la influencia directa sobre las políticas es más importante que solo escribir artículos (he observado que le sucede a muchos colegas). Una vez que se inicia ese camino, una vez que se empieza a pensar que David Mulford importa más que Bob Solow, o a preferir la familiaridad con el secretario de hacienda ruritano en lugar de hablar de teoría con Avinash Dixit, probablemente la investigación ha perdido a un elemento. Muy pronto se empezará posiblemente a utilizar “impacto” como verbo.

Afortunadamente, mientras que a mí me encanta entretenerme con los problemas de política pública, nunca he sido capaz de considerar a los decisores de políticas muy seriamente. Esta carencia de seriedad me ha llevado de vez en cuando a tener problemas (como en la ocasión en que un moderado chiste marginal acerca de los franceses en una potencia provocó una amplia diatriba por parte del representante francés que asistía a la conferencia), y se me puede excluir de ocupar alguna vez cualquier posición importante en política pública. Pero después de todo, esto está bien. Prefiero escribir más artículos buenos que ocupar una posición de poder real.

(Nota al mundo de las políticas: ¡esto no quiere decir que necesariamente rechazaría tal posición si fuera ofrecida!).

Lamentaciones

Hay muchas cosas de mi vida y personalidad que lamento (si las cosas se han dado asombrosamente bien profesionalmente para mí, no han sido por ningún motivo tan fáciles o felices en otros menesteres). Pero en este ensayo lo único que quiero es referirme a los llamados arrepentimientos profesionales.

Uno menor es que nunca me he comprometido con un trabajo empírico realmente serio. No es que no me gusten los hechos o los números reales. De hecho, realizo trabajo empírico ligero en la forma de cuadros, gráficas y tal vez algunas pocas regresiones de naturaleza totalmente semejante. Pero el asunto cero de construir y analizar enteramente un conjunto de datos es algo a lo que nunca he llegado. Creo que esto se debe en parte a que muchas de mis ideas no se presentan fácilmente a los procesos de verificación econométrica típicos. Aunque en su mayor parte es porque carezco de paciencia y habilidad de organización. Cada año prometo tratar de realizar algún trabajo empírico real. ¡el año próximo realmente lo hare!.

Otro más importante se

refiere a que mientras ubican como un muy buen profesor, todavía no he tenido éxito en preparar una cadena realmente sobresaliente de estudiantes, del tipo de estudiantes que reflejan la gloria sobre su profesor. Puedo excusarme por esta falla (los estudiantes al demandarles que usen menos matemáticas y más economía). También es verdad que probablemente parezca ocupado y distraído, y

Tal vez no este precisamente imponiéndome lo suficientemente en persona para ser fuente de inspiración (si solo tuviera unos centímetros más de estatura...). Cualesquiera que sean las razones, me gustaría hacerlo mejor y lo estoy tratando de hacer.

Sin embargo, en general he tenido bastante suerte. Mucha de esa suerte tiene que ver con los accidentes que me llevaron a toparme con un estilo intelectual que me ha funcionado de maravilla. En este artículo he tratado de definir y explicar dicho estilo. ¿Es esto una filosofía de la vida?. Por supuesto que no. Ni siquiera estoy seguro de que sea una filosofía de la investigación económica, ya que lo que funciona para un economista puede que no funcione para otro. Pero así es como hago investigación, y en mi caso funciona.

*****Versión en castellano de José Héctor Cortés Fregoso, Doctor en economía y educación. Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias

Expresión Económica, núm. 1, 1998. Universidad de Guadalajara. CUCEA.

Económico -Administrativas (CUCEA), División de
Economía y Sociedad, Departamento de Economía.
Mayo de 1997